

**LA MINORÍA PROTESTANTE ESPAÑOLA, RECEPTORA
DE NOVELAS ANGLÓFONAS DEL SIGLO XIX**

**THE SPANISH PROTESTANT MINORITY: READERSHIP
OF ENGLISH NOVELS FROM THE 19TH CENTURY**

Alberto ZAZO ESTEBAN

I.E.S. Santo Tomás de Aquino de Íscar, España

azazo@educa.jcyl.es

Palabras clave: Segunda Reforma, siglo XIX, protestantismo, literatura, libertad religiosa

Resumen: El silencio impuesto en España por los autos de fe del siglo XVI duró trescientos años. Solo en el XIX, a la par que los avances liberales, empezaría a oírse de nuevo voces en defensa de una libertad de cultos que no se consolidaría hasta la revolución de 1868. Los protestantes españoles, centrados en la controversia teológica y la fundación de iglesias, apenas cultivaron los textos puramente literarios; pero novelas procedentes de Inglaterra fueron traducidas y proporcionadas a las familias como medio de esparcimiento y devoción. Se estudian con detalle en este artículo los textos de cinco obras que, hasta hace bien poco, pasaban de generación en generación entre los protestantes españoles.

Mots-clés: Seconde Réforme, XIX^e siècle, protestantisme, littérature, liberté de religion

Résumé: Pendant 300 ans, les croyances religieuses non catholiques furent étouffées par la pratique courante d'autodafés de l'Inquisition espagnole. Ce n'est qu'au XIX^e siècle que, parallèlement à la montée d'une idéologie plus libérale, diverses voix se firent entendre sur le droit à la liberté de culte, un droit qui ne verrait le jour qu'avec la Glorieuse Révolution en 1868. Les Protestants espagnols, préoccupés par la controverse théologique et la construction d'églises, négligèrent l'écriture de textes littéraires. En revanche, ils traduisirent des ouvrages anglais qui furent ensuite distribués aux familles comme moyen de détente et de dévotion. Cet article étudie en détail les textes de cinq de ces œuvres, transmises de génération en génération au sein du peuple protestant espagnol jusque récemment.

Keywords: Second Reformation, 19th century, Protestantism, literature, freedom of religion.

Abstract: For 300 years, the Spanish Inquisition's common practice of auto-da-fés resulted in a unanimous silence in matters of other religious beliefs. It was only in the 19th century, as a more liberal ideology took centre stage, that new voices championed the rights of different faiths, rights that would not materialise until the Glorious Revolution in 1868. Spanish Protestants, focused on theological controversy and church building as they were, invested little time creating literary material. They did, however, translate English works which were then provided to Protestant families as a means of relaxation and religious veneration. This article analyses in great detail five novels which have traditionally been passed for generations amongst Protestant Spanish till very recently.

Después de que el protestantismo fuera erradicado en suelo hispano, la Inquisición veló por la unidad impuesta en los autos de fe del siglo XVI. Se refugiaba en Europa quien había esquivado el quemadero, y poco a poco se olvidaba España de cualquier vestigio de Reforma. Tal situación duró trescientos años. Solo en tiempos de Fernando VII, a la sombra del nuevo sentir liberal, volvería el reformismo a hacer oír sus balbuceos. Ser protestante, difundir tratados, o la mera discrepancia con la Iglesia, eran conductas tan prohibidas como antes; pero el enclave inglés de Gibraltar, además de brindar su cobijo a la disidencia política, facilitaba ahora una

labor proselitista. El reciente exilio inglés de Blanco White, la clandestinidad de Luis de Usoz y la impresión en Londres de los periódicos de Juan Calderón son algunos de los hitos anteriores a la revolución de 1868.

Los protestantes españoles de entonces, los de antes y los de después del libre culto, estaban tan centrados en su causa que dedicaron casi todos sus escritos al debate apologético. Desenmascarar a la Iglesia, al poner de relieve —Biblia en mano— sus invenciones doctrinales, absorbía todo impulso; y novelistas como Emilio Martínez o poetas como Carlos Araujo eran tan raros como el teatro en la Edad Media. No ha de extrañar, por tanto, que se importaran lecturas que hoy apenas se recuerdan en el país que las creó. Inglaterra era su origen; instrucción y amenidad, los únicos criterios.

Tiene su interés el hecho de que algunas/os autoras/es ingleses usaran la persecución religiosa en España como tema de sus novelas históricas. Buenos ejemplos son Grace Aguilar, William H. G. Kingston y Elizabeth Rundle Charles. La primera, descendiente de sefarditas, se centró más en el pueblo judío; pero los otros prestaron no poca atención a los luteranos del siglo XVI. Solo el libro de Charles, sin embargo, llegó a leerse en nuestro idioma.¹ Escrito en 1865, alude en su prefacio al «awakening of some hearts in Spain, in these latter

¹ Aguilar (1816-1847) es autora de la póstuma *The Vale of Cedars, or The Martyr* (1851); Kingston (1814-1880) lo es de *The Last Look: a Tale of the Spanish Inquisition* (1869); mientras que a Charles (1828-1896) se le debe *The Martyrs of Spain and the Liberators of Holland* (1865). Esta última se tradujo en 1871 por iniciativa de William I. Knapp, y dice M. Menéndez Pelayo que circuló «con profusión» a pesar de que «el autor apenas supo utilizar ninguno de los ricos elementos que le suministraba el asunto», resultando una obra «de bien poco mérito y de ningún color local» (Menéndez Pelayo, 1998-2000: I, 968). Aun así, en 1900 iba ya por la sexta edición.

days, to embrace and suffer loss of all things for the faith which inspired Spanish martyrs three hundred years ago» (Charles, 1865: vii). Gracias a los nuevos protestantes, dice, lo ocurrido en el XVI «seems no longer like the last page of the history of pure Christian life in their country» (Charles, 1865: vii).

Mucho más populares en Europa entera fueron los *Misterios de la Inquisición*, que Madame de Suberwick firmó en 1844 con el seudónimo de M. V. de Féreal. El libro, en forma narrativa y generosamente ilustrado, recoge una larga tradición de tortura y goticismo, y es paradigma en el retrato del insano proceder sexual de los inquisidores. Aunque orientado más al Santo Oficio, el texto recrea

el valor de los secuaces de Lutero, su heroico desprecio de la vida terrestre, la increíble firmeza de esos hombres graves y severos que miraban como una violación de la ley cristiana toda molicie y abandono a los goces de la vida; y procuraban atraer a los hombres a la sencillez llena de grandeza de los primeros siglos del cristianismo (Suberwick, 1845: II, 46-47).

Los hermanos Cazalla, Beatriz de Vivero, Alfonso Pérez, y cuantos encarnaron esas virtudes, se retratan en el discurso de Herrezuelo ante el Oficio:

Cuando la Iglesia desfigura y envilece las tradiciones evangélicas, confiando a manos impuras la custodia de la grey de Jesucristo, es preciso que los hombres sabios y los prudentes se constituyan depositarios de la ley, y que con el Evangelio en la mano condenen a los que han transformado el Evangelio en código de disolución y latrocinio (Suberwick, 1845: II, 46).

Merecen también destacarse las palabras puestas en boca de Carlos V sobre los «secuaces» de Lutero —«abominable raza que detesto»—, pues cuestionan la tolerancia que algunos le atribuían:

¡La herejía! He aquí la verdadera llaga del reino. Las doctrinas de Lutero han penetrado por todo; y ese fraile insensato, que se cree más hábil que los padres de la Iglesia, más santo que el papa mismo, ha arrojado sobre toda la Europa católica una inmensa tea de discordia. Su doctrina es abominable y perniciosa, y nunca aprobaré bastante el celo que los inquisidores de mi reino despliegan contra los insensatos que se dejan seducir por ella (Suberwick, 1845: II, 17).²

Pero, por mucho que aporten estos libros, nuestra atención debe ser para cinco textos que, hasta hace bien poco, pasaban de padres a hijas/os entre los protestantes.

1. *ANDRÉS DUNN*

Entre otros «papelejos no menos venenosos», situó Menéndez Pelayo una «especie de novelita en que un campesino irlandés re-

² Se dice luego, sin embargo, que, «lejos de ser piadoso por convicción y firmemente partidario de las doctrinas de Roma, Carlos V las hubiera cambiado gustosísimo por las de Lutero si las ideas de la independencia de la Reforma no hubiesen espantado su asombradizo despotismo. [...] Carlos] comprendió mal sus verdaderos intereses: más sólido apoyo hubiese encontrado en la filosofía ilustrada y en la lealtad de los protestantes, que en el despótico y ambicioso fanatismo de los frailes. Pero no adivinó esto, y dejó caer la balanza del lado hacia el cual creyó que su interés la inclinaba» (Suberwick, 1845: II, 19-20).

niega de la fe de sus mayores» (Menéndez Pelayo, 1998-2000: II, 892). A pesar de esta escueta presencia en la *Historia de los heterodoxos*, el *Andrés Dunn* había sido —junto al periódico *El Alba* y el *Preservativo contra Roma* de Blanco White— un instrumento ideal de propaganda protestante por su brevedad y sencillez. Circuló con profusión por España, y fue objeto de cinco refutaciones en la prensa y una elaborada réplica, no menos difundida, de Vicente de la Fuente.³ Todo un éxito para quienes trataban de hacer que la Reforma renaciera en el siglo XIX, tal y como recuerda exultante Ángel Herreros de Mora:

Books, tracts and articles in newspapers circulated largely, freely, and with good effect. The liberal press afforded us powerful and decided help, contending, without reserve, against the system and the abuses of the antichristian Church of the Popes (Herreros de Mora, 1856: 8).

La *Relación circunstanciada de la conversión del irlandés Andrés Dunn* la tradujo el metodista William Harris Rule a partir de un texto inglés

³ Del *Andrés* salieron «numerosas ediciones en español en Europa y América»; solamente en Sevilla en 1860, hizo José Vázquez «dos ediciones clandestinas de 3.000 ejemplares cada una, destinadas a cubrir exclusivamente la demanda andaluza» (J.B. Vilar & M. Vilar, 1995: 15). La respuesta se llamaba *Andrés Tunn*, y se imprimió como primer número de *El protestante protestado*. En el mismo año de su lanzamiento (1869), el opúsculo se imprimió no menos de cinco veces, y siguió editándose en el futuro con el subtítulo de *El Tuno*. Otros títulos de la serie debidos a De la Fuente son *La muerte feliz*, *La Virgen María según la Biblia* y *Respuesta al manifiesto de la asamblea protestante*. Francisco Gómez de Salazar —co-autor de la publicación— es responsable de los números *La salvación del pecador*; *Sí, hay un Salvador para ti*; y *El amor de Dios hacia los pecadores* (Menéndez Pelayo, 1998-2000: II, 1.006).

tradicionalmente atribuido al reverendo Thomas Kelly;⁴ y su primera impresión se hizo en Gibraltar «a costa de la Sociedad de los Estados Unidos de América para la Circulación de Tratados Religiosos» (Rule, 1842: portada), que es, de nuevo en palabras de Menéndez Pelayo, «la que ha infestado y sigue infestando a España con este género de literatura» (Menéndez Pelayo, 1998-2000: II, 892). Su éxito no debe extrañarnos, pues cualquier heterodoxo español debió sentirse como en casa al leer la reprimenda con que el cura del libro, el padre Domingo, premia al pobre Andrés por su «manía de indagar»:

Parece que te han enseñado a despreciar tu clero, y ya no temes que se te impongan penitencias. Yo no esperaba otra cosa desde que tuviste el atrevimiento de leer el Nuevo Testamento. Si estuviéramos en España o en Portugal, bien pronto te quitaría esa herejía metiéndote en la Inquisición, donde pagarías caro tu arrojo en disputar contra la autoridad del clero. Mas, en este país, aquel vil principio de *la libertad de conciencia* está tan en boga que cualquiera puede pensar por sí mismo, y nuestro poder está bajo un pie poco respetable⁵ (Rule, 1842: 12).

⁴ Este irlandés (1769-1854) es más conocido por su prolífica labor en la composición de himnos: escribió y publicó nada menos que 765 en 51 años, de los que alrededor de cien seguían en uso a principios del siglo xx (Julian, 1907: I, 614-615). El original traducido por Rule era un tomito de 80 páginas titulado *Andrew Dunn: a Narrative. Particularly Addressed to the Roman Catholics of Ireland*, firmado por «a friend to primitive Christianity». La impresión más antigua que hemos localizado se anuncia como la segunda y es de 1803; otras ediciones lo titulan *Andrew Dunn, an Irish Story: The Remarkable Narrative of Andrew Dunn's Conversion by Reading the New Testament*.

⁵ Se dice en *Andrés Tunn* que «podíamos contestar a esta novela protestante con otra en que los católicos fuéramos todos santos y los protestantes tontos y pícaros.

Y ¿cómo no hacer propia la respuesta del labriego?:

Sin querer faltar al respeto que le debo a V., [...] no puedo menos de dar gracias a Dios de que tengo la dichosa suerte de vivir en un país donde todo hombre puede juzgar por sí mismo; y hace poco honor a una religión cualquiera el que se deba emplear el tormento para obligar a los hombres a seguirla⁶ (Rule, 1842: 12).

Pero empecemos por el principio. Andrés Dunn es un hombre del campo, noble y sencillo, que ha llegado a cumplir los cuarenta sin cuestionar la religión de sus padres. Nunca se le ha echado en falta en la misa o la confesión, y hasta el cura del lugar le tiene por «muy hombre de bien». Llegado a esa edad, sin embargo —y sin ningún incentivo aparente—,⁷ empieza a «reflexionar sobre la

[...] Con todo, como nuestra causa es tan buena, no queremos hacerlo así; dejaremos una gran parte de la novela tal cual está, poniendo en boca de Andrés Dunn lo que dice el folleto protestante, y que le responda el P. Domingo lo que debía decir, en vez de tantas necedades que el librito protestante le hace pronunciar» (Fuente, 1869: 5-6)

⁶ Al *Tuno* —le llamaremos así por claridad— le responde el cura: «¿Tienes valor para hablar de libertad de conciencia en un país como Irlanda, cuyas horribles leyes penales, dictadas por los protestantes ingleses, han sido el escándalo de Europa hasta muy entrado este siglo? ¿No quemó Isabel de Inglaterra más de setenta y dos mil católicos? ¿No asesinó su padre un número mucho mayor?» (Fuente, 1869: 27).

⁷ *El Tuno* reconoce haberse iniciado sus dudas tras la lectura de «un librito protestante que me acaban de regalar» (Fuente, 1869: 8). Sobre el mote, dice De la Fuente que «algunos de los que han leído el folleto protestante han creído que debía llamarse, en lugar de *Dunn*, Andrés *Tont*: prefiero apellidarle *Tunn*. Ya por Andalucía y por los barrios bajos de Madrid lo llaman *Andrés el Tuno*» (Fuente, 1869: 6).

suma importancia de la religión, y a conocer su ignorancia sobre esta materia»; y, como persona confiada que es, acude al padre Domingo en busca de ayuda. Desde el primer momento muestra Andrés su inquietud racional —«entiendo tanto de religión como puede entender cualquier irracional, lo cual me parece no es propio de un cristiano» (Rule, 1842: 1-2)—, por lo que no se contenta con la infalibilidad de la Iglesia que el cura le da por enseñanza: «Bien sabe vuestra reverencia —responde Andrés— que no está fuera de razón que uno sea un poco exigente cuando tiene tanto que perder o ganar». La charla le lleva a descubrir —¡por primera vez!— que existe la Biblia;⁸ y que los curas, «para el bien de nuestro rebaño, nos reservamos la facultad de explicar estos lugares de la Sagrada Escritura, conforme al sentido en que la Iglesia los interpreta» (Rule, 1842: 3-4).

«¡Qué gustoso debe ser —se dice el buen Andrés, protestante por instinto— el leer la historia de Jesucristo, y qué provechoso el aprender la doctrina que enseñó, en el mismo libro donde se encuentra y en las mismas palabras con que la expresó!»; pero, para su desgracia, el cura no corrige su falsa creencia de que el Nuevo Testamento no se lee sino «en idioma extranjero». No tarda, sin embargo, en tener

⁸ En nota al pie, comenta de la Fuente: «En España nadie lo ignora: lo que hay es que los que no saben leer no lo leen, y otros, sabiendo, no quieren leerlo» (Fuente, 1869: 13). Sobre el veto a su lectura, le dice el cura al *Tuno*: «Cuando en el siglo XVI se hacía gran abuso de las biblias en lengua vulgar, prohibió la Iglesia su lectura, siendo así que antes era permitida; y en proporción que ha ido pasando el peligro, ha ido mitigando lentamente esta prohibición. [...] Si tienes alguna dificultad, ven con tu libro, y yo te responderé a tus dudas por el libro mismo tuyo, confrontándolo con el mío», porque es sabido que los protestantes «suprimen y mutilan en sus biblias todos los pasajes con que se combaten sus errores» (Fuente, 1869: 11-12).

un ejemplar entre sus manos. «¿Por qué no quería el padre Domingo que lo tuviese?», no puede evitar preguntarse; pero enseguida se vuelca en la lectura, con la actitud ideal de humildad y fe en la ayuda de Dios: «Siendo el libro suyo, espero me dará capacidad para entenderlo» (Rule, 1842: 4-6). El texto refuta de inmediato la doctrina romana, pues no hay en él «ni una palabra del papa, misa, confesionario, penitencias, absolución canónica, méritos de santos, días de fiesta, comer pescado, rezar rosario, ni de otras varias cosas que el padre Domingo había predicado» (Rule, 1842: 7).

¿A qué debe darle mayor importancia: a las palabras de Jesús —«que aseguran que, sin embargo de ser yo pecador, no me rechazarán»— o al hecho de que, mirando a sus obras, «Dios podía justamente condenarle a la perdición eterna» (Rule, 1842: 7-8)? La duda le atormenta, pero la Biblia le convierte al fin:

Se enterneció al contemplar el amor que Dios manifestó enviando a su Hijo para salvar a los pecadores; y encomendándose como pecador a la misericordia no merecida de Dios por Jesucristo, experimentó desde entonces un dulce sosiego y consuelo(Rule, 1842: 9-10).⁹

⁹ Según la réplica católica, *el Tuno* vio «más cómodo el absolverse a sí mismo, al estilo protestante, doctrina cómoda y ancha, en que uno es juez y parte al mismo tiempo». Claro que, «cuando el bueno de Andrés le manifestó a su mujer que solo con decir aquella oración se creía ya en estado de gracia y se había consolado, la graciosa andaluza no pudo menos de decirle: —Por algo dicen en mi tierra que el que no se consuela es porque no quiere»; y ya antes le había dicho la esposa: «¡Ya se ve! Si en lugar de salirte a fumar durante el sermón, hubieras estado oyéndolo, no te hubieran chocado, por leerlos en un libro, esos pasajes que nuestros sacerdotes nos están repitiendo a cada paso» (Fuente, 1869: 22 y 18).

Excepto la hija mayor, «que no era realmente religiosa», toda la familia sigue los pasos de Andrés;¹⁰ y el cura, alertado por su ausencia en la iglesia, decide intervenir. El racionalismo de Dunn vuelve a aflorar: «La convicción de que vivía en el error fue causa de la mudanza que tanto le ofende —le dice—; y le aseguro que solo razones más convincentes me harían volver a la Iglesia de la que acabo de separarme» (Rule, 1842: 13).

El colérico párroco se siente humillado por la serenidad del aldeaño y, aunque solo sea por cuestión de imagen, acepta la invitación de pasar a su casa y debatir. Han pasado dos capítulos, y la novela deja de ser tal por unas horas: la familia al completo rodea a los dos hombres para no perder detalle de la pugna —parte central y mensaje del libro—: como Andrés se niega a acatar la prohibición de leer las Escrituras, el cura accede por fin a entrar en su juego y probar, a través de ellas mismas, «que, a pesar de las cavilaciones de los herejes, todo lo que reprobaba en la Iglesia católica era de divina institución» (Rule, 1842: 16). El terreno está allanado para que por él desfilen la misa, la confesión y penitencia, la extremaunción, el purgatorio, el culto a las/os santos y , en especial, «el modo en que los pecados pueden reconciliarse con Dios»:

Habiendo leído el Nuevo Testamento, veo que yo no era tan bueno como creía. La divina sabiduría que en él se encierra me enseña que todos los hombres somos pecadores

¹⁰ Al igual que la hija es la excepción en el caso de Andrés, solo el hijo del *Tuno* —llamado, para colmo, Martín— «princiaba a tener los vicios de su padre, y siempre había sido algo indócil a los consejos de su piadosa madre para que fuese a la iglesia y frecuentase los sacramentos, siendo más afecto al vino y al juego» (Fuente, 1869: 23-24).

ante Dios, que por los pecados que hemos cometido todos merecemos la condenación eterna, y que por naturaleza somos todos malos y corrompidos. [...] Me hace saber que los que se salvan lo consiguen por la gracia de Dios, mediante la muerte y méritos de Jesucristo, sin que ellos tengan ningún mérito propio (Rule, 1842: 26-28).

La paciencia del cura se agota cuando Andrés se apiada de su ceguera: don Domingo «se levantó airadísimo» y, dando un portazo, se despidió de ellos decidido a excomulgarlos «para escarmentar a otros y disuadirles de seguir su ejemplo». Andrés, por supuesto, no se arredra; antes bien se enorgullece de ser «objeto de escarnio y oprobio por amor de su divino Señor, a quien oraba fervorosamente que le diese gracia suficiente para sufrir los insultos y la persecución que le esperaban» (Rule, 1842: 29). Y la obtuvo: Andrés no solo sobrelleva el ataque de sus enemigos, encarnados en el pendenciero Jaime Nowlan, sino que los acaba convirtiendo con su ejemplo. Casi como un cuento de hadas, el relato se cierra con la comparación de las muertes del padre Domingo y Jaime Nowlan: feliz este por su fe, atormentado aquel por su conciencia.¹¹

¹¹ La conclusión del relato del *Tuno*, en la que Andrés —rechazado y embargado por los protestantes— es socorrido por el cura y emigra a la tierra de su esposa, merece citarse como broche: «Reconcilióse con la Iglesia católica; y, como ya no tenían más que los pobres harapos que llevaban puestos, hubieron de implorar la caridad de los católicos para pagar el pobre viaje de su emigración. Con lágrimas en los ojos abandonaron aquella tierra de Irlanda, de donde el protestantismo ahuyenta todos los años a 30.000 católicos. Andrés, que aún conservaba fuerzas para el trabajo, halló paz, consuelos y subsistencia en la católica España» (Fuente, 1869: 89-90).

2. LEGH RICHMOND

Gustaba este reverendo inglés de llamar *narrativas auténticas* a sus novelas, relatadas desde su propia perspectiva de ministro anglicano. Al menos dos de ellas se volcaron al español y circularon ampliamente en forma de folletos: *The Young Cottager* y *The Dairyman's Daughter*, ambas de alrededor de 1814. Aquella fue traducida por el militar exiliado Manuel Martínez de Morentín; no sabemos si es también autor de la versión de *Dairyman's Daughter*. En ninguno de los cuadernillos consta la fecha de impresión, aunque las traducciones deben situarse en los años 1840-1850, cuando Morentín —tal y como se dice en una de las portadas— ejercía como profesor de lenguas en Londres.

Al inequívoco carácter doctrinal de Richmond, se suma una marcadísima preferencia por los entornos humildes. No sorprende, por tanto, su popularidad en la Segunda Reforma, pues esta tuvo su foco principal en las clases populares. Sirva como ejemplo esta apología de la pobreza sacada de *La hija del lechero*:

Muchas son las dificultades que presentan a una profesión religiosa las riquezas y las conexiones elevadas. En verdad, es una dicha cuando la gracia obra de tal modo que después de haber combatido con el orgullo, con los halagos del lujo y de la opinión mundana, hace que el noble poderoso aparezca adornado con la verdadera pobreza de espíritu, la abnegación de sí mismo, la humildad y profunda espiritualidad de corazón. Pero generalmente, si queremos ver a la religión en su más puro carácter, la hemos de buscar entre los pobres de este mundo, que son ricos en la fe. ¿Cuán a menudo la choza del pobre se halla ser el palacio de Dios? (Richmond, [s.a.] b: 1-2).

Las dos historias son muy parecidas, pues ambas presentan las inquietudes de una joven ante la muerte. La primera es Juana, de doce años, hija mayor de una familia pobre de «la aldea adonde Dios fue servido llamarme la primera vez al ejercicio de mi sagrado ministerio». Una vez por semana, acude con otros niños «a instruirse y recibir pasto espiritual bajo mi cuidado y dirección»; y la obsesión del reverendo por la muerte no se hace esperar:

No tenía que alargar mucho la vista para encontrar materia propia para la exhortación y amonestación que convenía a la comprensión e inteligencia del pequeño grupo: la contigüidad al cementerio me ponía en el caso de llamarles alguna vez la atención a los sepulcros diciéndoles: «Vosotros, vástagos y plantas tiernas como sois, ninguno de vosotros es demasiado joven para bajar a él; y en toda probabilidad, más de la mitad de los cadáveres sepultados en las tumbas que miráis son de pequeñitos como vosotros». De aquí tomaba campo para explicarles quién era «la resurrección y la vida»; y quién era el solo que podía libertarlos del aguijón de la muerte (Richmond, [s.a.] a: 1-2).

Tan graves lecciones hacen que Juana no deje de pensar en «el estado de su alma», lo que deviene en un cambio de vida: su alejamiento del pecado, la lectura de la Biblia y su constante hablar de Dios despiertan las burlas de parientes y vecinos. Más aún desde que tiene tisis, la niña habla «de cosas buenas, de cosas santas... de la Biblia, del Salvador, de la vida, de la muerte, del cielo, del infierno» (Richmond, [s.a.] a: 6).

Dos ideas perturban a Juana: primero, su salvación; segundo, la de sus padres, pues conviven estos con «alborotadores» y «quimeristas», «beben licores espirituosos y juran y riñen; hacen lo que dista

de ser bueno» (Richmond, [s.a.] a: 5 y 13). La tranquiliza —sobre los otros— la toma de conciencia de su madre: «Sí, hija mía, ¡sí! Tienes razón. He sido y soy una inveterada pecadora; he mirado con total desprecio las cosas santas» (Richmond, [s.a.] a: 29).¹² Sobre su propia alma, dice Juana: «Consuelo o satisfacción en el mundo, para mí, no lo hay; tampoco me considero digna, ni con derecho para obtener recompensas en el cielo» (Richmond, [s.a.] a: 12). Pero de boca del reverendo obtendrá la paz protestante: es cierto que todo pecador merece ir al infierno, pero de ellos Cristo salva «a todos los que en él creen» (Richmond, [s.a.] a: 8). Con esto en mente, la joven puede morir con «una *serenidad* y una *calma* envidiables»:

Ya los primeros rayos del sol iluminaban y daban nuevo lustre a lo triste de las paredes del cuarto, como para demostrar el «glorioso cambio» que había tenido lugar momentos antes en la parte impercedera e inmortal de la ejemplar y buena de Juanita. [...] ¡Qué cambio para Juana! ¡Salir de aquel nada limpio zaquizamí, para entrar en el paraíso! (Richmond, [s.a.] a: 39-40).

El lechero del otro relato tiene dos hijas: la menor acaba de morir, y aunque «la pobrecita no solía seguir las buenas costumbres de su hermana mayor, [...] creo que el modo con que la habló su hermana,

¹² El narrador —menos joven— no sucumbe ante la euforia: «Durante este tiempo, y después en actos de esta especie, he tenido ocasión de observar que los *malos e indiferentes* se afectan de un modo no común cuando se hallan a la cabecera de un pariente moribundo: en tales momentos, se les escapan confesiones de su mala vida y se proponen planes de enmienda; pero el tiempo viene a borrar aquellas impresiones, a la manera que se disipa el rocío de la mañana» (Richmond, [s.a.] a: 31).

antes que muriese, fue el medio de salvar su alma». También aquí la hija mayor cambió de vida tras oír predicar a alguien «a quien los vientos contrarios habían impedido embarcarse en un buque» (Richmond, [s.a.] b: 4 y 14);¹³ era, además, objeto de las burlas de su hermana, pero logró por fin hacerla razonar, pues murió diciendo que esperaba «que el Salvador de su hermana sería también el suyo; porque veía su depravación y desamparo, y solo deseaba reposar en Jesucristo como el único medio de salvarse» (Richmond, [s.a.] b: 6). La desgracia se ceba con la familia, y la otra hija enferma de gravedad: «¡Oh! Señor —llora la madre—, mi Isabel, mi querida niña, está tan mala; ¿qué haré sin ella? Pensé que yo me hubiera muerto primero, pero...». «Pero el Señor —corta el reverendo— quiere que antes que Vd. se muera, vea la feliz llegada de su hija a la gloria. ¿No hay misericordia en esto?» (Richmond, [s.a.] b: 12). En efecto, la muerte —como en *La joven campesina*— no es más que dicha si la confianza en Cristo es plena:

Cuando le pregunto algo a mi corazón, temo fiarme de él,
porque es traidor y me ha engañado muchas veces. Pero,

¹³ «La Providencia, con sus «vientos contrarios», está más presente que en *La joven campesina*; así, en el entierro de la hermana: «Un hombre de la aldea, que hasta esta ocasión había sido no solo de carácter descuidado, sino abandonado, entró en la iglesia por pura curiosidad; pero durante el oficio, por medio de algunas expresiones en él contenidas, sintió la convicción de sus pecados y del peligro en que se hallaba. Esta fue una impresión que nunca se borró, y que se fue gradualmente perfeccionado hasta efectuar su conversión, de la cual tuve muchas y repetidas pruebas. Hablaba él con frecuencia del oficio fúnebre, como del medio de que Dios, por su misericordia, se valió para atraerle al conocimiento de la verdad. ¡Cuán manifiesta era la reunión de circunstancias que por una Providencia especial atrajeron a la misma sepultura, y en aquel mismo día, al grave y al descuidado!» (Richmond, [s.a.] b: 6-7).

cuando me dirijo a Jesucristo, me responde con promesas que me fortalecen, y no me dejan dudar de su poder y deseo de salvarme. Yo estoy en sus manos, y deseo permanecer en ellas; creo firmemente que nunca me abandonará y que perfeccionará mi salvación. En esta esperanza vivo, y en ella deseo morir¹⁴ (Richmond, [s.a.] b: 19).

3. EMMA LESLIE

No mucho se sabe de esta prolífica victoriana, salvo que sus novelas se encontraban aún en las tiendas bastante después de su muerte en 1909. Su tono confesional la condena a ser una desconocida para el lector español, pero *La casa de doña Constanza* —por situarse en nuestro siglo XVI— fue «libremente» traducida del francés en 1894.

Sevilla, 1517. El joven príncipe Carlos se dirige de Flandes a España para tomar las riendas del reino en lugar de su madre Juana. La Inquisición funciona desde hace cuarenta años, y los andaluces ven en el cambio de rey la ocasión ideal de negociar su abolición.¹⁵

¹⁴ «Nada temas, alma cristiana, pues esta es la puerta del cielo», dice el narrador; y luego ante el cadáver: «He aprendido de vos, como en un espejo viviente, *quién* es el que principia, continúa y concluye la obra de la fe y del amor. Jesús es todo: él será glorificado. Él ganó la corona, y él solo merece llevarla. Que nadie intente robarle su gloria; él salva, y salva a lo extremo» (Richmond, [s.a.] b: 19 y 23-24).

¹⁵ «Un gran número de notables de Sevilla habían ya discutido, alrededor de las hermosas fuentes de sus suntuosos patios, los medios de combatir este tribunal odioso, cuyos juicios inicuos amenazaban hacer desaparecer el saber, así como las libertades civiles y religiosas. Sumas considerables habían sido enviadas, a título de regalos, al Sumo Pontífice, para obtener de él la reforma de los abusos inquisitoriales. La ciudad había enviado al encuentro del nuevo rey delegados, encargados de hacerle prometer, antes de su llegada y de su confirmación en el trono, algunas mejoras en este sentido» (Leslie, 1894: 7-8).

Tan delicada misión se encomienda a Pedro de Castro, ilustre sevillano y esposo de la bella Constanza, embarazada a sus tiernos diecisiete años. Ella da a luz en ausencia de don Pedro, y comete el grave crimen de querer compartir con su marido la alegría del bautizo. La demora del sacramento resulta fatal, pues la criatura muere inesperadamente y los crueles miembros de la Iglesia niegan todo alivio a la joven:

La Iglesia, nuestra buena madre, ha esperado a vuestro hijo, pronta para recibirlo, desde el día que nació. Usted ha dilatado siempre para más tarde el momento de presentarlo a los abrazos de su seno maternal. He ahí por qué su juicio ha caído sobre usted (Leslie, 1894: 14).¹⁶

La reacción que el desconsuelo causa en padre y madre es muy distinta, aunque ambos comparten el influjo del bondadoso jardinero, descendiente de herejes valdenses cobijados por el padre de don Pedro en su castillo¹⁷. El anciano trata de confortar a doña

¹⁶ El rencor juega un papel importante: «Es inútil —le dice Constanza a su esposo, dispuesto a buscar ayuda en cualquier parte—; ya lo he hecho yo, y unos y otros me han respondido que el objeto de tu viaje bastaría por sí solo para inclinar a la Iglesia a no hacer nada, aunque estuviese en su posibilidad hacerlo» (Leslie, 1894: 26).

¹⁷ «Aunque hacía mucho tiempo que los descendientes de estos antiguos valdenses se habían conformado en el exterior con las reglas de la Iglesia establecida, no habían dejado de conservar contra ella ciertas dudas y alguna desconfianza. En algunos de ellos, estos sentimientos moraban latentes, sin que ellos mismos se diesen de ello cuenta. En ese número estaba nuestro jardinero. Pero en este día todos sus sentimientos y desconfianzas se despertaron y surgieron de nuevo» (Leslie, 1894: 17).

Constanza, cegada por la idea de que «la Iglesia repudia a tales muertos y hasta les niega sepultura cristiana». «La voz de la Iglesia no es siempre la voz de Dios», responde el viejo Díaz, y le relata —en un simbólico pasaje— cómo su propia madre halló aliento en la Biblia tras la muerte de su bebé:

No, señora. No es la Iglesia, no es tampoco la Virgen María; es el Señor Jesús quien lo ha rescatado con su sangre. Escuche usted, señora, la lección que yo aprendí de mi abuelo cuando yo era niño. Las flores blancas, de que he cubierto la pequeña cuna, son el emblema de la inocencia, pues el pequeño niño no había cometido pecado. Mas al mirar yo esas pequeñas flores, me acordé que nadie puede ser admitido en el cielo apoyándose en su inocencia y en sus buenas obras, y que el hijito mismo de la señora, aunque tan pequeño, llevaba dentro de sí la marca del pecado. [...] Por eso entre las flores blancas he puesto algunas rojas. Sobre ellas descansará el pequeño niño, como todo pecador necesita hacerlo sobre la sangre expiatoria de Jesucristo (Leslie, 1894: 22-23).

«¡Oh! —responde ella, cuya educación religiosa es tan pobre que ni siquiera ha oído hablar de la Biblia—. ¹⁸ ¡Si yo pudiese creer unas verdades de tanto consuelo!». Pero no lo hace, y su defensa es darse «más que nunca a las prácticas religiosas»:

¹⁸ «Había leído las *Cartas* de santa Matilde, las *Meditaciones* de Landolfo, y otras varias obras recomendadas como las obras por excelencia de la religión y de la devoción por el cardenal Jiménez, que tenía buen cuidado por otra parte de quemar todas las biblias en castellano que caían en su poder» (Leslie, 1894: 19-20).

Esperaba por medio de estas obras de penitencia poder aliviar de alguna manera la situación de su hijo. Con este objeto, y cediendo a las sollicitaciones incesantes de su confesor, consagraba grandes sumas a la Iglesia. Había concebido también la idea de renunciar a su casa, su marido y sus amigos, para encerrarse en un convento, esperando que Dios aceptaría su renuncia completa a los goces del mundo en bien del alma de su hijo (Leslie, 1894: 28-29).

Llegado el día, la mujer incluso entrega a la Iglesia a sus gemelos recién nacidos.¹⁹ Don Pedro, en cambio, no solo busca en su biblioteca el ejemplar de la Biblia que leía el abuelo de Díaz, sino que indaga además en la independencia de la Iglesia española respecto a la romana, y da con los textos que todo lo asientan en

la doctrina, la fe, y no la persona de san Pedro. Mas ¿cuál era en realidad esta fe, esta doctrina? Y no recordaba haber encontrado el más mínimo vestigio de ella ni en las leyendas de la vida de Pedro ni en las de los santos, cuando precisamente debía ocupar el primer puesto en la enseñanza de la Iglesia (Leslie, 1894: 29-30).

Descubre también en sus pesquisas unas cartas escritas a su padre por Nebrija, después de que la Inquisición condenara sus obras sobre la Biblia:

¹⁹ Aún en pleno luto, el obispo se había apresurado a «insinuar a Constanza la necesidad de consagrar a la Iglesia una parte considerable de sus riquezas en expiación de su pecado: la pérdida del hijo por su falta». Pasado el tiempo, cuenta la dama a su esposo, «desde el momento en que me sentí madre, prometí con juramento a mi confesor y al obispo consagrar a mi hijo, fuese del sexo que fuese, a la Iglesia desde el día mismo de su nacimiento» (Leslie, 1894: 27 y 34).

¿No es bastante —dice una de ellas— que yo someta mi juicio a la voluntad de Cristo en las Escrituras? ¿Es necesario que yo rechace como falso lo que me parece ser una verdad tan clara como la luz del medio día? ¿Qué tiranía es esta la de querer impedir a un hombre, bajo pena de los más crueles tormentos, el decir lo que piensa, sobre todo cuando hace profesión del más profundo respeto a la religión? (Leslie, 1894: 43).

Sumado todo a la impresión obtenida por don Pedro en Roma —donde, «como Lutero algunos años antes, se había escandalizado profundamente de la corrupción y del ateísmo que públicamente exhibían el pueblo, el clero, los cardenales y el mismo papa» (Leslie, 1894: 42)—,²⁰ la puerta se abre a su conversión y, con ella, al drama familiar.

Los caminos de los cónyuges se separan: empujada por su vil confesor, y a pesar del amor por su marido, Constanza se retira con Juana, otra hija recién nacida, al convento de Santa María; mientras, don Pedro confirma su salto al luteranismo:

Pedro llegó bien pronto a la convicción clara y precisa de esta verdad: que la salvación no depende de la buena voluntad de los curas, ni del papa, ni de la intercesión de

²⁰ «Era entonces —continúa el texto— moda corriente en la ciudad santa poner en duda la vida futura y la inmortalidad del alma. En la corte pontificia nadie hacía escrúpulo de emplear los textos sagrados para los chistes y retruécanos más groseros, y burlarse de los misterios de la fe. Y sin embargo, esa Iglesia, Iglesia escéptica, Iglesia de costumbres corrompidas, era la Iglesia que reclamaba para sí sola el derecho de perdonar pecados, de abrir y cerrar a su voluntad las puertas del cielo» (Leslie, 1894: 42).

los santos, ni de la obras meritorias que pueda el hombre hacer, sino que fue adquirida y asegurada, una vez para siempre, por la muerte de Cristo para «todo aquel que en Él cree», y no cuenta para la remisión de los pecados más que con la aspersion de la sangre derramada sobre la cruz, «la cual», dice san Juan, «nos limpia de todo pecado» (Leslie, 1894: 59).

Distanciados, ven pasar los acontecimientos del siglo: los descubrimientos en América, la rebelión de los comuneros, el nacimiento de Felipe II, el cisma inglés, la fundación de los jesuitas. Y así han de pasar largos años antes de que Juana, convertida en jovencita, deje el convento y se instale con su padre: «Ahora existía un lazo de unión entre el marido y la mujer» (Leslie, 1894: 98).²¹ La mu-chacha es desde ahora el eje de la novela: convertida en protestante y prometida en matrimonio al histórico Rodrigo de Valero, no solo atraerá a la Reforma a su madre, sino también a los gemelos consagrados a la Iglesia al punto de nacer.²² Y entonces, cuando

²¹ «Educada dentro de los muros del convento, bajo la dirección y vigilancia de las monjas, [Juana] no había tardado en descubrir los celos mezquinos y los pequeños escándalos de la comunidad. [...] Este espectáculo la había desengañado de tal manera, que a pesar de su juventud no veía en la religión sino una farsa engañadora, una comedia hipócrita con que el clero se burlaba del pueblo, y llegó a persuadirse que el clero no creía en la existencia de Dios más que ella». Desde niña preguntó por «el misterio de que estaba rodeada su infancia», y dedujo que «consistía únicamente en la sospecha de herejía que pesaba sobre su padre. Este descubrimiento, en lugar de hacérselo sospechoso y retraerla de él, había por el contrario hecho crecer más su simpatía hacia él» (Leslie, 1894: 85-86).

²² Rodrigo será uno de los doce monjes fugados de San Isidro en 1557, mientras que Isabel, descubierta por su superiora de Santa Clara, en Valladolid, «fue arro-

todo parece ir viento en popa, la Inquisición irrumpe sin piedad: «Había principiado el eclipse de España. Las tinieblas, que habían nacido en Sevilla en 1558, fueron creciendo cada año más, hasta llegar a hacerse casi completas» (Leslie, 1894: 215). Se empieza así a cumplir la profecía pronunciada, al ver llegar el cambio, por un ancianísimo Díaz:

El día de la buena voluntad y de la gracia principia a extender sus primeros resplandores sobre España; mas si España no lo reconoce, si pone una venda sobre los ojos para no ver brillar esta aurora, si rechaza esta salvación que le es ofrecida, entonces verá hundirse con la verdad todas sus grandezas, todas sus glorias, todas sus riquezas y sus libertades todas. En lugar de permanecer la dueña del mundo y ser la reina de todas las naciones, será para todas ellas un objeto de burla y desprecio. La más negra oscuridad envolverá al país; el pueblo será sumido en tinieblas y sombra de muerte (Leslie, 1894: 158-159).²³

jada sin piedad en un calabozo húmedo, donde enfermó poco tiempo después, y murió en medio de atroces sufrimientos el día mismo en que su hermano Rodrigo escapaba del convento» (Leslie, 1894: 212). También Valero muere en reclusión perpetua, y Constanza sucumbe derrotada por su agitación interna. Don Pedro, Rodrigo y Juana acaban huyendo a Ginebra. Como concesión a la justicia poética, el malvado padre Antonio morirá contagiado por la peste.

²³ Y añade la narradora: «Con todas las ventajas de su situación excepcional y de sus riquezas minerales, a pesar de sus minas de oro, plata, hierro, mercurio, plomo, etc., a pesar de su suelo susceptible de cultivo, la España es hoy en Europa uno de los países más pobres, más ignorantes y atrasados. Privada de toda verdadera libertad, política, civil y religiosa, a pesar de vivir en tiempos y con la denominación de liberal, parece haber perdido su carácter nacional, haberse enervado y hecho

Así ocurrió; y sin embargo, dice Leslie, la simiente «ha estado por mucho tiempo escondida», pero «Dios no la ha olvidado»:

En nuestra época, un rayo de luz parece infiltrarse en medio de las tinieblas y desvanecer su oscuridad. ¿No podría concluirse que España está destinada a aceptar el Evangelio antes de mucho tiempo, y a recibir con empeño la gracia que rehusó con obstinación hace trescientos años? (Leslie, 1894: 215).

4. *MAGDALENA*

En su tesis doctoral, Patrocinio Ríos dejaba viva la ilusión de que el poeta Carlos Araujo hubiera sido autor también de una novela titulada *Magdalena*. Incita a pensarlo una ficha de la Biblioteca Nacional, en que se le atribuye un pequeño volumen anónimo reeditado por Clie en 1977 (Ríos Sánchez, 1991: 431). Debió de ser, sin embargo, la labor de traducción la que el responsable de catalogación quiso poner a nombre de Araujo, pues se trata en realidad de un texto inglés españolizado en 1890 en la editorial de Federico Fliedner, con el título *Magdalena: novela histórica para niños*. El original se publicó por entregas en 1883, en la sección «Pages for the Young» de la revista *The Sunday at Home*, publicada por la Religious Tract Society con el objeto de proporcionar a la familia cristiana lecturas con que pasar en casa el día del Señor.²⁴

indolente en tal grado, que en política prevalece siempre el partido que manda; en religión hay un indiferentismo que mata; en agricultura, industria, economía, comercio, arrastra una vida muy lánguida» (Leslie, 1894: 160).

²⁴ El nombre lo decía todo: *The Sunday at Home: a Family Magazine for Sabbath Reading*. Se leyó por vez primera el 4 de mayo de 1854, y estuvo viva nada me-

A pesar del título español, la novelita juvenil tiene poco de histórica y mucho de edificante, pues cuenta la infancia de Magdalena y su relación con la Biblia. La muchacha ha crecido «en uno de los barrios más pobres y más populosos» de Florencia, después de que su madre abandonara el hogar paterno en Suiza para casarse con un obrero italiano del ferrocarril. Catalina —«joven y atractiva»— no había llevado bien los rigores de su padre Juan Nodet, que «se negó a darle su bendición» y con el que no volvió a hablar ni siquiera tras la muerte de la esposa y madre. Su marido Pedro era «muy bueno para con ella», y con el nacimiento de Magdalena «quedó completada su felicidad conyugal» (Araujo, 1977: 11-13). Pero un accidente le causó la muerte, y Catalina, rota de dolor, acabó perdiendo también su empleo de portera. En tal situación conocemos a madre e hija, con el agravante de que Catalina tiene la tisis y está al borde de la muerte:

Entonces se acordó de todo lo pasado, y comprendió cuán egoísta e ingrata había sido su conducta para con sus padres; pero sobre todo la afectó más vivamente su conducta ingrata para con Dios. Muy deseosa del perdón y de la paz, los buscó en la vieja Biblia, regalo un día de su padre, que por muchos años había tenido arrinconada y olvidada (Araujo, 1977: 13-14).

nos que hasta 1940. Junto a la *Leisure Hour* (1852-1908), fue la cabeza visible del llamado «Sabbatarian movement, devoted to preserving Sunday as a day of rest and of religious observance». Las revistas, creadas ambas por el editor James Macauley, salían cada semana y se vendían por un penique (Olsen, 2014: 23). La novela *Madeleine* se recoge seriada en el volumen 30 (1883), págs. 494-750.

Y los encuentra antes de morir, pero lamenta entonces no haber introducido a Magdalena en el libro, «creyéndola muy joven para comprender el motivo de sus lágrimas»: «Gran gozo y gratitud inundaron su corazón, y entonces comprendió también que no había cumplido los deberes más importantes como madre» (Araujo, 1977: 14). *In extremis* escribe a su padre, poniéndole al cargo de la niña; y de esta se despidе así:

Este libro es mi tesoro máspreciado y mi consuelo mayor. Me habla del amor de Dios y de su perdón. Lena, oye: si me pongo peor, y si el Señor me lleva para estar con Él, promete guardar este libro hasta que llegue tu abuelo, escóndelo de todos para que no te lo quiten. El abuelo te enseñará a leerlo, [...] y tendrás presente cuando lo estudies que este Evangelio fue toda mi felicidad en el tiempo de mis postrimerías (Araujo, 1977: 16).

A pesar de su edad, no duda Juan Nodet en ponerse en camino rumbo a Italia: «Señor, te doy gracias porque has oído mis oraciones. Has hallado mi oveja extraviada. ¡Bendito sea tu nombre, Padre Santo!» (Araujo, 1977: 18). A pie, pide limosna con un violín y en compañía de su perro Sirra, el anciano recorre el camino hasta su nieta; pero pronto decide que aquel entorno papista no es más que un peligro para la pequeña: «Uno se creería entre dioses paganos. Y en cuanto a ti, pobre niña, veo que cuanto antes debemos salir de aquí: estás ya medio pervertida» (Araujo, 1977: 27).²⁵

²⁵ El abuelo lo ve claro al visitar el *duomo*: «Muy pronto tomó el lugar de la reverencia una indignación sin límites al ver las estatuas de la Virgen, las pinturas de los santos y las genuflexiones de los devotos delante de los altares dedicados a

Al ser la salud del alma lo primero, el viejo pone en riesgo la del cuerpo para llevar a Magdalena consigo a Suiza. «Todas las noches, el abuelo colocaba el pequeño libro negro sobre sus rodillas, y mientras la niña seguía línea tras línea con su dedo, leía él el mensaje de paz» (Araujo, 1977: 29). Pero el consuelo espiritual no resta dureza al trayecto, y pronto don Juan necesita atención médica. Recibida la noticia de su muerte, Magdalena es acogida por una compañía de titiriteros: «¿Qué será de ella entre gente tan infiel y descreída? ¿Se olvidará del Dios de su abuelo?» (Araujo, 1977: 55). En un principio, así parece suceder; pero la Providencia está detrás de todo, y la muchacha y el joven Beppo cumplirán cada uno su papel en la vida del otro: por querer ayudarle en su tristeza, ella retoma el Evangelio; y gracias a ella, Beppo se siente al fin en paz: «La vida no me ha dado nada, ni goces, ni cariño, y ahora estaría enteramente desesperado si Dios no hubiera tenido piedad de mí. Él me ha enseñado la verdad acerca de Jesús y del cielo. Y creo que voy a ir allá» (Araujo, 1977: 78).

A pesar de su vida de pecado, el joven —con el ejemplo del buen ladrón bíblico en mente— muere con «un aire de tranquilidad y felicidad tal, que, según miraba el maestro, se sentía penetrado de un respeto involuntario y un temor inexplicable» (Araujo, 1977: 85).²⁶

los hombres y no a Dios; sobre todo, cuando al salir de la iglesia mojó Magdalena sus dedos en la pila de agua bendita y se persignó, casi se incomodó con la niña. “¿Qué es esto?”, dijo con viveza, “¿eres católico-romana?”. “No sé”, respondió la niña» (Araujo, 1977: 27).

²⁶ «Algunas veces, cuando pienso en lo malo que he sido, me parece casi imposible que iré al cielo. Pero entonces me acuerdo del “ladrón”, ¿sabes? Jesús le perdonó, y me perdonará a mí también. Lo siento *aquí* —añadió, poniendo su mano sobre su corazón;— pero la vista del libro me ayuda». También el payaso da el primer paso hacia la conversión gracias a la niña: «Ah, Birichino —dice el narrador—, pobre

Cumplida su misión, Magdalena huye del maestro circense que quiere vender a su perro, y se refugiará con un viejo sacristán y su hermana. Al oír su relato, sus nuevos valedores piensan que quizá la niña sea heredera de los bienes de su abuelo; pero, la niña no conoce el apellido de don Juan. Se les ocurre entonces que muchas personas escriben su nombre al frente de su Biblia... Y así es: «El libro del abuelo había hablado otra vez» (Araujo, 1977: 119). Lo que sigue es todo dicha: descubren que Juan Nodet no llegó a morir tras su enfermedad. Niña, anciano y perro se reencuentran y celebran la bondad de Dios:

Ha sido tu libro, querido abuelo, el que lo ha hecho todo; sin él nunca habría pensado en el Señor. Habría olvidado todo lo que me enseñaste; no podría haber consolado a Beppo cuando estuvo enfermo, y me habría encontrado mucho más infeliz y abandonada sin él. Ahora tú nunca más me dejarás, ¿no es verdad? (Araujo, 1977: 126).

El anciano no puede responder más que la verdad: «El libro nunca te dejará»; el mismo mensaje con que la novela se despide de los pequeños lectores:

Niños, no perdáis nunca el cariño a vuestra Biblia; en ella os habla Dios. Y cuando alguna vez os encontréis, como Magdalena, sin un amigo ni pariente en el mundo, os queda el mejor amigo y el pariente más allegado: Dios, el

clown, no eres tú el único delante de quien se ha levantado esta terrible pregunta en letras de fuego: —¿Y entonces...? Pero si tu alma tiene hambre y sed, Dios no la dejará sin respuesta» (Araujo, 1977: 83 y 78).

Padre celestial, que os habla por su Biblia (Araujo, 1977: 126-127).

5. DEBORAH ALCOCK

Algo menos olvidadas están las novelas de esta irlandesa, hija de un clérigo anglicano, nacida en Kilkenny en 1835. Históricas y de trasfondo religioso, recrean episodios de la Reforma en Escocia, Bohemia o los Países Bajos. Varias de ellas pueden leerse en castellano,²⁷ pero es a *Los hermanos españoles* a la que debe dirigirse todo nuestro interés. Publicada en 1870, su traducción apareció seriada en las páginas de *El Cristiano* entre 1898 y 1899, para convertirse en libro en 1900 y ser, poco después de la muerte de la autora, objeto de una edición conmemorativa (1914). Es su novela más popular, y la productora cristiana Unusual Films la llevó al cine en 1971 con el título *Flame in the Wind*, bajo la dirección de su fundadora Katherine Stenholm.

Media el siglo XVI. Rodrigo de Valero, o Valer, es ya historia: aún se recuerda su muerte en reclusión, y su sambenito adorna la catedral de Sevilla como advertencia a los fieles.²⁸ Los héroes serán esta vez los dos hijos del conde de Nuera, enviado por el emperador

²⁷ Por ejemplo, *El doctor Adrián: una historia de los Países Bajos en los días del príncipe de Orange*; *La cruz y la corona: recuerdos de la revocación del Edicto de Nantes*; o *Aplastado pero vencedor: narración histórica del siglo XV*; todas ellas impresas en Madrid entre 1910 y 1920, por Valentín Tordesillas para la Sociedad de Publicaciones Religiosas.

²⁸ Su influjo está mucho más cerca de los protagonistas de lo que ellos creen, pues al hermano mayor —Juan Rodrigo— le dio su padre ese nombre no por el Cid, como él piensa, sino «en memoria de un amigo suyo de quien cuanto menos se hable, mejor». Así le aconseja su tío Manuel (Alcock, 1914: 18).

a las Indias por causas oscuras, y desaparecido al fin en Araucanía. El destino de Juan y Carlos, vástagos de ilustre linaje caído en desgracia y huérfanos desde la infancia, está en manos de su tío Manuel: al mayor, arrogante pero noble, le reserva la carrera militar; Carlos, más reflexivo y reservado, entrará en el seno de la Iglesia.²⁹ La decisión es bien acogida y, antes de partir, los mozos miran de nuevo la frase que el conde grabó con diamante en su ventana: «El Dorado / Yo he hallado». Cada hermano buscará su propio El Dorado, sin olvidar la promesa que desde niños los ha unido: llegar a saber de su padre. Pero la ruta prevista la va a cambiar el Evangelio.

Tras su paso por Alcalá, donde Juan se bate tres veces en duelo y Carlos sondea los «enmohecidos volúmenes de los escolásticos» (Alcock, 1914: 25), la crisis se presenta en varios frentes: la carrera eclesiástica entra en conflicto con el amor de Carlos por Beatriz, sobrina huérfana de la esposa de don Manuel y —para colmo— objeto a su vez de los amores de su hermano; por si eso fuera poco, Carlos oye mencionar el nombre de su padre junto al sambenito de Rodrigo de Valero. Asustado por sus propias ocurrencias, llega a pensar que la muerte de Juan lo arreglaría todo, el reciente licenciado en Teología hallará respuesta por la vía más inesperada:

²⁹ Su maestro, fray Sebastián, algo quemado por lo austero del castillo, los describe así: «D. Juan es perezoso e insolente, y al mismo tiempo de tan indómito carácter que no lleva con paciencia corrección de ninguna clase. El menor, D. Carlos, es de índole más dócil y realmente apto para el estudio, si no fuera porque su hermano, que no sirve para nada, le está siempre conduciendo al mal» (Alcock, 1914: 15). Para la narradora, en cambio, «Juan era muy popular entre los de su edad, porque su orgullo no era agresivo, y su fogoso temperamento se hallaba equilibrado por una gran generosidad de carácter»; y «Carlos ofrecía a sus instructores admirable material con que poder formar un aventajado y grande eclesiástico. Vino a ellos juvenzuelo, de quince años, inocente, sincero y afectuoso» (Alcock, 1914: 25-26).

el encuentro casual con un arriero. Resulta éste ser el «colporteur» Julián Hernández, que pone en su mano un Testamento y abre un camino que completarán los también históricos Constantino, Carlos de Seso, Losada y los monjes de San Isidro.³⁰ La Reforma ganará también a Juan, no obstante lo curioso es que ambos hermanos invierten ahora sus papeles: quien desde niño «parecía más débil» es, en adelante, un héroe de acero que da testimonio y confiesa su crimen sin temor; mientras que Juan, «jefe indiscutible» en otro tiempo, se ve relegado al fingimiento ante la sociedad sevillana.

Es en este acertado tratamiento de los personajes donde reside el principal valor de la novela, capaz por ello de agradar al lector

³⁰ Dice el prólogo que, «salvo lo que se refiere a la historia personal de los hermanos y su familia, todo lo demás es verídico. [...] Exceptuando una conversación con Julián Hernández, otra con D. Carlos de Seso y unas cuantas palabras de Losada, necesarias para la inteligencia de la narración, la ficción ha respetado los gloriosos nombres de aquellos mártires» (Alcock, 1914: vii). Las charlas ideadas por Alcock son cruciales en la conversión de Carlos. Julianillo le dice: «Vuestra excelencia sabe algo *acerca de Dios*. ¿Pero no es eso muy diferente que *conocer a Dios*? [...] No aconsejo a vuestra merced que busque paz en la religión, sino en Dios, y en Cristo que nos le ha revelado» (Alcock, 1914: 64-65). Se cuenta luego que «de esta manera el de Seso se convirtió insensiblemente en maestro, y Carlos aceptó con gusto el lugar de discípulo, no sin mostrar grande asombro ante la ciencia teológica que aquel seglar poseía». A su enseñanza responde don Carlos: «¡Dios nos valga! ¿Luego somos *luteranos*?». «Es muy posible que Cristo —resuelve Seso— nos esté haciendo otra pregunta: ¿Somos nosotros de aquellos que le siguen *por dondequiera que fuere*?» (Alcock, 1914: 103 y 107). Cristóbal de Losada, «después de haberle instruido suficientemente en particular, y haber probado satisfactoriamente su sinceridad, le reveló la existencia, en Sevilla, de una iglesia luterana en debida forma organizada, de la que él mismo era pastor en la actualidad» (Alcock, 1914: 120); finalmente, en San Isidro «le acogieron con aquel amor peculiar que emana de ser discípulos del mismo Maestro, especialmente cuando constituyen un pequeño rebaño rodeado de enemigos» (Alcock, 1914: 126).

de cualquier condición. Veamos algunos ejemplos que la destacan sobre otros relatos hasta aquí tratados.

Gonzalo, hijo de don Manuel, es un joven envidioso y descreído que tacha a los luteranos de «miserables» y a su iglesia de «nido de víboras» (Alcock, 1914: 187); dará contra las cuerdas, sin embargo, cuando vea a su amada, María de Bohorques, entre los detenidos. Por confortarle retrasa Carlos su salida de España y es por ello arrestado. Atormentado por su conciencia, Gonzalo busca en el Nuevo Testamento, y aprende que «hay salvación aun de las ligaduras de la corrupción, por medio de Aquel que vino a llamar, no a los justos, sino a los pecadores»; y sabrá morir con serenidad tras oír que María pereció sin sufrimiento (Alcock, 1914: 315 y 332).

Sebastián, instructor de los muchachos, era el clásico fraile guiado por su tripa, y por saciarla «estaba dispuesto a servir y a adular a hombres peores que él» (Alcock, 1914: 259). Colabora con el inquisidor Munébraga, pero no es capaz de ver el sufrimiento de Carlos, cautivo ya por herejía, sin que todo su mundo se resquebraje:

No era su conciencia la que había despertado; era su corazón. Hasta aquí solo había pensado en sí mismo. [...] Pero los tres últimos meses había experimentado de nuevo lo que no había vuelto a sentir desde que abrazó sollozando a su madre en el locutorio del convento franciscano, a la edad de ocho años (Alcock, 1914: 299-300).³¹

³¹ «Decir que hubiera hecho —sigue con gracia el texto— todo cuanto estuviese en su poder por salvar a D. Carlos, sería poco. Con gusto hubiera comido solo pan negro y bebido agua salobre todo un mes, si con esto hubiera podido mitigar siquiera su dolor» (Alcock, 1914: 299-300).

Dolores, nodriza y casi madre de los hermanos, es «cristiana vieja y buena católica» —«y así espero morir», como ella misma dice—: asume que los inquisidores son «sabios y buenos —sería pecado ponerlo en duda—», pero no ve en Carlos más delito que «descubrir que el buen Dios le amaba». Tiene, además, sabiduría suficiente para aconsejar a Juan que, si defiende la causa del Evangelio, lo haga porque así es más feliz: eso es lo que ella vio en Carlos, y el gozo de la madre ante la dicha del hijo desborda cualquier convicción religiosa (Alcock, 1914: 339-340).

Pese a todo son los dos hermanos quienes se enfrentan a los mayores conflictos internos. Carlos, destinado al sacerdocio, descubre que su padre fue un hereje: de pensar que intrigó en política, pasa a saber que su esposa y él eran buenos cristianos —«salvo tal vez que no se mostraban muy presurosos a cumplir las exigencias de la Iglesia»— y a confirmar que el conde fue pupilo de Valero. Para entonces, sin embargo, le produce un «gozo inefable» comprobar que aquel El Dorado de su padre no fue sino su misma fe (Alcock, 1914: 86 y 177). El nuevo Carlos es un héroe, y nada teme ante la Inquisición: «Me declaro hoy luterano, confeso y convicto, sin esperanza en la misericordia de los hombres, pero lleno de confianza en la misericordia de Dios» (Alcock, 1914: 277). Solo una cosa le preocupa: no soportar el tormento y delatar a su hermano; por eso, cuando despierta en su celda después de la tortura, su alegría es plena al fin: «¡*He vencido!* No, no yo: Cristo ha vencido en mí, el más débil de todos sus miembros. Ahora ya lo he pasado; estoy del otro lado» (Alcock, 1914: 287). Y Juan, acostumbrado al papel principal pero obligado ahora al fingimiento: no puede huir sin saber lo que ocurre a su hermano, pero también le está vedado el heroísmo de la confesión, pues su fiel Beatriz juró «que si por desgracia fueseis vos contaminado por la herejía, *yo* iría al día siguiente a Triana a acusarme del mismo crimen» (Alcock, 1914:

235). En tal situación, don Juan siente el dolor del compromiso insuficiente:

Él no sería capaz de morir así por su fe. Por el contrario, le costaba poco ocultarla, vivir en todos sentidos como un católico ortodoxo. ¿Qué era entonces lo que ellos tenían y a él le faltaba? Algo que hacía capaz a su hermano —el niño que lloraba por un golpe— de mantenerse firme, mirando cara a cara a la muerte, sin miedo; algo que había dado a aquel pobre salvaje y violento Gonzalo la fuerza moral para perdonar a los verdugos de la mujer que amaba y orar por ellos. ¿Qué era, pues? (Alcock, 1914: 325-326).³²

Falta, por supuesto, el personaje al que el lector lleva tiempo esperando: el conde de Nuera. Sometido a la anulación de su voluntad, el padre de los muchachos se reconcilió con la Iglesia y vive como penitente perpetuo en un convento dominico.³³ Al cambiar de estrategia, los inquisidores llevan a Carlos a convivir con él, convencidos de que el hijo seguirá el mismo camino. No cuentan

³² En otro sitio se recuerda que «los protestantes de Sevilla hallaron la manera de vivir y trabajar en medio de sus demás conciudadanos; se movían entre sus paisanos y pasaban desapercibidos, y hasta se casaban y daban en casamiento, aunque sin poder evitar que a cada paso cayese sobre ellos la terrible sombra de la amenazadora fortaleza, donde la Santa Inquisición tenía su tribunal secreto» (Alcock, 1914: 121).

³³ «Cuéntase de un monasterio, donde la regla era tan severa que los frailes no podían conversar entre sí más que una hora por semana, que cuando aquella hora llegaba se quedaban, por lo general, sentados, sin saber qué decirse. Así le sucedía al penitente del convento dominico. No tenía nada que decir, nada que preguntar; la curiosidad y el interés no existían para él hacía ya mucho tiempo, por falta absoluta de alimento» (Alcock, 1914: 360).

con que pueda suceder lo contrario: recuperado del impacto inicial, a Carlos «ahora su vida le parecía completa; el fin correspondiendo con el principio; su significado veíalo claro y plenamente»: antes de morir, debe cumplir su misión y hacer que en el anciano vuelva a brillar la llama de antaño. «Como aquel que trabaja asiduamente para quitar el moho y las inmundicias que cubren una lápida, hasta que aparezcan de nuevo en todo su esplendor las preciosas palabras labradas en ella»; así conversa Carlos con su padre hasta hacerle encontrar otra vez El Dorado. «A medida que su espíritu y su corazón volvían a la vida, su constitución física iba decayendo» (Alcock, 1914: 395-396); pero al buen viejo ya poco le importa la muerte: pronto verá a Cristo, y la «perfecta paz» se le ha concedido por segunda vez. De la misma manera, dice Carlos con proféticas palabras, «Dios puede dar otra oportunidad a España. A menudo la verdad se ofrece dos veces a los individuos: ¿por qué no a las naciones también?» (Alcock, 1914: 397-398).³⁴

CONCLUSIÓN

«Lo que la Inquisición hizo con el penitente, lo hizo también con su hermosa patria. ¿Sería posible que resucitasen aquellas facultades amortecidas y sepultadas? ¿Sería posible una resurrección para el país?» (Alcock, 1914: 368). A la luz de estas palabras, y de

³⁴ El desenlace de *Los dos hermanos*, como el de aquel primer ofrecimiento, es doble: la muerte o el exilio. A Carlos le espera el quemadero, «el gran altar sobre el cual, durante generaciones, los hombres ofrecieron sacrificios humanos al Dios de paz y amor» (Alcock, 1914: 307); mientras que Juan, feliz por saber que hermano y padre se encontraron, deja el país con Beatriz y un heredero. Sabe ya que, en esta lucha, era otro a quien le estaba reservada «la señal de una victoria más noble» (Alcock, 1914: 445).

los cinco libros que acaban de estudiarse, es obvio que la narrativa inglesa fue empleada como herramienta de predicación en todo el siglo XIX. Junto a folletos y tratados, se ofrecía a los protestantes no solo una lectura edificante, sino también un doctrinario capaz de reafirmar su nuevo credo en un entorno hostil. En los tiempos más duros, se prefirió la novela devocional, expresión clara del mensaje *Solus Christus* —Cristo redimió a la humanidad en un inefable acto de amor, y, frente a eso, es insignificante lo que el ser humano puede hacer por su propia salvación— y pugna dialéctica contra los dogmas espurios introducidos por la Iglesia a lo largo de los siglos —la confesión, el purgatorio, el culto a santas/os e imágenes—. La novela histórica se impone a medida que la y el protestante español asume los cambios propiciados por la revolución del 68: como toda persecución, desde Primo Levi a Solzhenitsyn, será la narración la que cierre el círculo de la experiencia y la dé por terminada. Desde las *Artes de la Inquisición* del anónimo Montano (1567) y otros textos escritos en el exilio del quinientos, el silencio había sido la única respuesta posible a lo ocurrido en los quemaderos de Sevilla y Valladolid. La llamada Segunda Reforma creyó llegado el día de hacer justicia y revisar la historia. Los protestantes no podían saber que aún habría persecuciones para ellos en el siglo XX español.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGUILAR, Grace (1851), *The Vale of Cedars, or The Martyr*, Nueva York / Filadelfia: D. Appleton & Co. / Geo S. Appleton.
- ALCOCK, Débora (1914), *Los hermanos españoles*, Madrid: Sociedad de Publicaciones Religiosas (2ª ed.)
- ARAUJO, Carlos (tr.) (1977), *Magdalena: novela histórica*, Tarrasa: Clie [Reed. de (1890), *Magdalena: novela histórica para niños*, Madrid: Lib. Nacional y Extranjera; trad. de la anónima

- (1883), *Madeleine*, en *The Sunday at Home: a Family Magazine for Sabbath Reading*, Londres: Religious Tract Society, No. 30, pp. 494-750].
- CHARLES, Elizabeth Rundle (1865), *The Martyrs of Spain and the Liberators of Holland*, Nueva York: Robert Carter & Brothers [Hay tr. esp. (1871), *Los mártires de España: una historia verdadera por el autor de «La familia Schönberg-Cotta»*, Madrid: Imp. de J. Cruzado].
- FUENTE, Vicente de la (1869), *El protestante protestado: Andrés Tunn*, Madrid: Imp. de D.A.P. Dubrull.
- HERREROS DE MORA, Ángel (1856), *A Narrative by Dn. Ángel Herreros de Mora of His Imprisonment by the «Tribunal of the Faith», and Escape from Spain*, Londres: Alexander Heylin.
- JULIAN, John (ed.) (1907), *A Dictionary of Hymnology; Setting Forth the Origin and History of Christian Hymns of All Ages and Nations*, 2 vols., Nueva York: Dover (2ª ed. rev.; orig.: 1892).
- KINGSTON, William Henry Giles (1869), *The Last Look: a Tale of the Spanish Inquisition*, Londres: S.W. Partridge & Co.
- LESLIE, Emma (1894), *La casa de doña Constanza: episodio de la Reforma en España*, Madrid: Depósito Central de la Sociedad de Publicaciones Religiosas.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino (1998-2000), *Historia de los heterodoxos españoles*, 2 vols., Madrid: B.A.C.
- OLSEN, Stephanie (2014), *Juvenile Nation: Youth, Emotions and the Making of the Modern British Citizen (1880-1914)*, Londres & Nueva York: Bloomsbury.
- RICHMOND, Legh [s.a.] a, *La hija del lechero: narrativa auténtica*, Nueva York: Sociedad Americana de Tratados.
- [s.a.] b, *La joven campesina: narrativa auténtica*, [s.l.: s.n.].
- RÍOS SÁNCHEZ, Patrocinio (1991), *Lutero y los protestantes en la literatura española desde 1868*, Tesis doctoral, Madrid: Uni-

- versidad Complutense [Hay ed. como libro (2001), Madrid: Universidad Complutense].
- RULE, William Harris (tr.), (1842), *Relación circunstanciada de la conversión del irlandés Andrés Dunn del romanismo a la religión de Jesucristo*, Gibraltar: Imp. de la Biblioteca Militar [Orig. de KELLY, T. (1803), *Andrew Dunn: a Narrative. Particularly Addressed to the Roman Catholics of Ireland; With an Appendix. By a Friend to Primitive Christianity*, Dublín: Alex Stewart (2ª ed.)].
- SUBERWICK, Madame de [Ps. M. V. de FÉRÉAL] (1845), *Misterios de la Inquisición y otras sociedades secretas de España*, 2 vols., Barcelona: Imp. y Lib. Española y Extranjera.
- VILAR, Juan Bautista & VILAR, Mar (1995), “Juan Calderón, traductor de la Biblia al español en la Inglaterra victoriana”, *Diálogo Ecueménico*, Vol. XXX, No. 96, pp. 7-30.